

FALLOS DEL PACTO DE BAGDAD

No por menguada ha sido menos difícil, tempestuosa y combatida la existencia de la *Middle East Defence Organization*, o M. E. D. O., generalmente conocida con el nombre de Pacto de Bagdad, por radicar en la capital del Iraq la sede permanente de esta organización. Se han apuntado varios antecedentes de este pacto. Sin embargo, su gestación y desarrollo se deben en rigor a los esfuerzos conjuntos de Turquía y de Gran Bretaña, señaladamente de esta última. En efecto, apenas finalizada la segunda guerra, se le impuso a Gran Bretaña la imperiosa necesidad de llevar a cabo un reajuste de su diplomacia en un Oriente Medio cuyas circunstancias habían sufrido una modificación radical traducida en la práctica por su eliminación y la de Francia en cuanto potencias con acción política directa en esa área del mundo donde subsistían poderosos intereses británicos de vital importancia para la ex mandataria.

En su búsqueda de nuevas fórmulas destinadas a conservar un derecho de mirada en el Oriente Medio, Gran Bretaña pudo contar con Turquía, mejor dicho, con el viejo temor turco a una expansión soviética hacia el Mediterráneo, que es una de las constantes de su política exterior desde el final de la primera guerra mundial. El ocaso de la presencia inglesa y francesa en el Oriente Medio y el nacimiento o confirmación de la existencia de una serie de naciones árabes desconcertadas y turbulentas, apremiaron a Turquía para tratar de establecer un sistema defensivo centrado de hecho en el apoyo occidental y complementario de la O. T. A. N., en cuya organización había sido admitida, conjuntamente con Grecia, el 22 de octubre de 1951, después de una etapa de forcejeos e incidencias, una de las cuales fué la negativa de Estados Unidos a aceptar la petición británica de supeditar el ingreso de Turquía en la organización a la creación de un mando único en el Oriente Medio. Por tanto, Gran

Bretaña y Turquía hubieron de buscar en otra dirección la solución de un problema de defensa que interesaba imperiosamente a las dos naciones por razones coincidentes, aunque distintas. Todas ellas podían resumirse en pocas palabras: amenaza soviética. Para Turquía, amenaza política. Para Gran Bretaña, amenaza económica, mejor dicho, amenaza dirigida contra sus intereses petrolíferos¹.

Consideradas todas las piezas del ajedrez medio oriental, se evidenció que la que más convenía mover con vistas a crear un sistema defensivo regional, era Iraq. Por lo demás, era la más susceptible de ser movida en este sentido. Antiguo mandato británico, en virtud de los acuerdos de la Conferencia de San Remo (25 de abril de 1920), Iraq era una creación propiamente británica cuya dinastía reinante debía el trono a Gran Bretaña. Si bien entre las dos guerras mundiales los términos de la relación entre Gran Bretaña e Iraq sufrieron diversas modificaciones y numerosos embates, Gran Bretaña no dejó nunca de estar presente en el país y de influir en su política, pese a que la resistencia o levantamiento de sectores nacionalistas pusieran de manifiesto reiteradamente que ha-

¹ "En su origen, las concesiones se extendían al conjunto de las provincias de Mosul y Bagdad, a toda la península de Katar y a los diversos territorios de Omán, cualquiera que fuera su régimen político (Imamat y Trucial Coast). Posteriormente, el capital social de la Irak Petroleum Co. cesó de ser exclusivamente inglés y la superficie de la concesión en Iraq se redujo a las provincias situadas al Este del Tigres.

Actualmente, cuatro compañías explotan el petróleo iraquí:

1.º La Irak Petroleum Co., cuyo capital pertenece:

- en un 23,75 por 100 a la Anglo-Iranian Oil Co;
- en un 23,75 por 100 al grupo Shell;
- en un 23,75 por 100 a la Cie. Française des Pétales;
- en un 5 por 100 a la Gulkenian;
- en un 11,875 por 100 a la Standard Oil of New Jersey;
- en un 11,875 por 100 a la Socony Vacuum Oil.

Por tanto, junto a intereses franceses, se han inmiscuído en el negocio intereses americanos.

2.º La Mossul Petroleum Co., filial de la Irak Petroleum.

3.º La Basrah Petroleum Co., filial de la Irak Petroleum.

4.º La Khaniqim Oil Co., filial de la Anglo-Iranian Oil.

En Katar opera la Qatar Petroleum Co., creación de la Irak Petroleum; en los territorios de Omán, la Petroleum Development, igualmente filial de la Irak Petroleum."

Les Etudes Americaines, Cuaderno LXI: "La guerre froide en Asie".

bía en el país una voluntad nada platónica de liberarse de una tutela, que a veces parecía yugo. Muy significativo fué a este respecto el golpe de Estado del general Bakir Sidqui en 1937, quien trató de alterar el rumbo de la política exterior iraquí, orientándola hacia Turquía en lugar de Gran Bretaña, lo cual, en el contexto histórico del momento, era expresión de nacionalismo. Como lo es ahora la sombra tutelar de la República Árabe Unida. Asesinado en 1939 el aguafiestas general Sidqui, muerto en accidente de automóvil, también en 1939, el Rey Ghazi, no claramente opuesto a una política tendente a soltar el lastre británico y a la incorporación al Iraq de los protectorados del Golfo Pérsico², bajo la dirección del Regente Abdul-lilah, el país volvió al redil británico, con un breve intermedio. Nos referimos a la toma del poder por Rachid Ali Kailani en 1941, quien se apoyaba en el Eje deseoso, como es lógico, de cortar los suministros de petróleo esenciales para la guerra que sostenía Gran Bretaña. Pero la evolución de la guerra no permitió al Eje facilitar a Kailani el apoyo efectivo que éste esperaba y, en el mismo año de 1941, con la decisiva ayuda británica, el Regente Abdul-lah era reinstaurado en Bagdad en compañía de Nuri Said³. Desde aquellas fechas, sus destinos no cesaron de fluir paralelamente por la vertiente británica, ello hasta la hora trágica de sus muertes que significaban más que dos vidas violentamente segadas, el colofón de un estilo político y diplomático de Gran Bretaña en el Oriente Medio, estilo del que cabe recordar el «déalage» con relación a las nuevas realidades medio-orientales. Este extremo fué ampliamente señalado por los observadores políticos de esa área al establecerse los cimientos del Pacto de Bagdad⁴. En efecto, pretendiendo ser éste un movimiento integrador, fué, de hecho, el primer toque de muerto de una unidad árabe prendida con alfileres—alfileres británicos, por cierto—que no pudo resistir los tirones divergentes de las pugnas foráneas en esa región cuya paz, por encima de intereses financieros y ambiciones de prestigio, debió ser la suprema preocupación del bloque occidental.

² Una de las orientaciones lógicas de la política de la joven República iraquí, es la lucha en favor de la incorporación al Iraq de los protectorados británicos, señaladamente el de Kuwait, ello con el apoyo de la R. A. U.

³ Sobre la historia del Iraq, vid. Rodolfo Gil Benumeya, *Panorama del Mundo Árabe*, Madrid, 1952.

⁴ A este respecto, son de señalar singularmente los trabajos del comentarista de política internacional, Bartolomé Mostaza, en *Ya*, de Madrid.

Los primeros balbuceos del Pacto de Bagdad se oyeron a principios de 1955, pocos días después de romper Iraq sus relaciones diplomáticas con la U. R. S. S., y con motivo del viaje a Bagdad del primer ministro turco, Menderes, y de su ministro de Asuntos Exteriores, Koprulu. En rigor, esta visita y las conversaciones a que dió lugar constituían una reanudación y confirmación de la amistad y propósitos de colaboración que ya habían tenido expresión formal antes de la guerra con el Pacto de Saadabad (1937) que agrupó a Turquía, Iraq, Irán (antes Persia) y Afganistán. Los cambios acaecidos en el Oriente Medio después de la contienda no alteraron las buenas relaciones entre Iraq y Turquía, con la que el Gobierno iraquí firmó el 2 de marzo de 1946 un Tratado de amistad y buena vecindad, que fué remozado por las conversaciones de Bagdad de 1955. Estas desembocaron en un comunicado conjunto anunciando el propósito de concluir un Tratado de cooperación con vistas a asegurar la estabilidad y la defensa del Oriente Medio y proteger las fronteras con la U. R. S. S. de ambos países. La sombra de Albión claramente proyectada sobre el futuro Pacto llevó a Francia, eliminada de sus mandatos de Siria y Líbano, a reaccionar vivamente ante los Gobiernos de Londres y Washington por estimar que Gran Bretaña estaba tomando una iniciativa unilateral contraria al espíritu y a la letra de los acuerdos adoptados conjuntamente en noviembre de 1951 por las potencias anglosajonas, Turquía y la misma Francia para establecer un mando unificado destinado a la defensa del Oriente Medio, pese a las objeciones que Egipto había presentado a este plan enlazado con la estrategia de la O. T. A. N. Por otra parte, obvio es decirlo, en aquella ocasión también reaccionó la U. R. S. S. con gruñidos amenazadores. Pese a las precisiones dadas por Francia respecto a su postura ante los problemas del Oriente Medio—crujidos del andamiaje de la unidad occidental de acción en esa área—, el proyectado Pacto prosperó, firmándose en Bagdad el 24 de febrero de 1955.

Aparentemente al menos, no tropezó en el Iraq con una oposición digna de ser consignada ⁵. En cambio, suscitó un griterío ensordecedor en los restantes países árabes, singularmente en Egipto, ello por suponer una alianza con Gran Bretaña y, además, una actitud de neutralismo frente a Israel, problema sobre el cual jamás definieron su postura los signatarios del Pacto. Es más, aún antes de ser firmado, el Pacto de Bagdad había tenido

⁵ El 26 de febrero de 1955 fué aprobado en la Cámara de Diputados por 116 votos a favor y 4 en contra y ratificado en el Senado por 28 votos a favor y 1 en contra.

sensibles consecuencias en la reunión de Jefes de Estado de los países de la Liga Árabe que se celebró en El Cairo a finales de enero y a la que no asistieron. «por enfermedad», los representantes del Iraq. Posteriormente fracasaron las gestiones árabes cerca del Gobierno iraquí para que desistiera del proyecto de firmar un pacto turcoiraquí y, a partir de entonces, Egipto tomó posición frente al Pacto de Bagdad y, por vía de consecuencia, contra el Gobierno del Iraq. Consistió en tratar al Iraq como un desertor de la Comunidad árabe y a luchar con denuedo contra la máxima responsable de esta deserción, Gran Bretaña, y por extensión contra las potencias que directa o indirectamente avalaban su política de división del mundo árabe, una de ellas Estados Unidos, pese a los dengues que no ha cesado de hacer para estar formalmente presente en el Pacto de Bagdad. Excusado es decir que la dinastía hachemita y los dirigentes pro-occidentales iraquíes quedaron comprendidos entre los enemigos de los países árabes. Ora de modo claro, ora encubierto, esta es la línea política que ha venido siguiendo sin desmayo el Gobierno egipcio. Conduce a la conclusión de que la revolución iraquí del pasado 14 de julio es un mero episodio de la batalla que sostiene el país más representativo del sentimiento de la arabidad, Egipto, para barrer del Oriente Medio los vestigios de un sistema de tutela que si políticamente afecta a los pueblos, en el orden económico y social se asienta en condiciones de vida que son infrahumanas para amplios sectores de la población. Se ha subrayado con insistencia el carácter de «subversión comunista» de esos acontecimientos. En realidad, el ingrediente marxista sólo es un factor del fenómeno de reivindicación de las masas medio-orientales que, evidentemente, no puede darse en otras naciones donde la justicia social es un hecho o está en vías de serlo. Lo lógico es que en las aguas estancadas de países como Iraq, o pongamos por caso Kuwait, la reacción contra estilos de gobierno y de vida medievales se dé en forma de violentas revueltas e incluso de matanzas, como ha sucedido en Bagdad. Lo cual no pretende decir que la U. R. S. S. no haga su agosto con la agitación existente en ciertos puntos del Oriente Medio, precisamente por la tendencia occidental a un inmovilismo que, de modo inmediato, sirve de miope defensa a intereses de grupo o a prestigios nacionales. Que el interés supremo de Occidente, que es la paz en Oriente Medio, sufra con ello un rudo golpe resulta evidente a estas alturas.

Sobre la escisión del mundo árabe en dos grupos, el historiador tendrá amplia materia a innumerables glosas. Los contemporáneos y simples ob-

servadores—en particular cuando se considera el panorama desde España—han de limitarse a deplorar que las mentes directrices de Occidente no hayan sabidoacompararse al ritmo de los tiempos, quizás debido al lastre de los intereses económicos que sirven de base para llevar a cabo una propaganda antioccidental. A este respecto, la negativa del Líbano, ampliamente occidentalizado, pero escasamente «anglo-sajonizado», a adherirse al Pacto fué significativa, como lo son todas las oscilaciones de la aguja libanesa en el manómetro medio oriental. Los recientes acontecimientos acaecidos en ese país muestran hasta qué punto es peligroso para los gobiernos árabes pretender ir contra la corriente, es decir, volcarse a jugar la carta occidental, que en este caso concreto trataba de jugar el Presidente Chamun. De ahí que la adhesión de Pakistán al Pacto en septiembre de 1955 y la de Irán en octubre del mismo año, lejos de aparecer como un éxito en función del propósito integrador que se perseguía, se impone como un fracaso de ese propósito por desplazar el centro de gravedad del problema del Oriente Medio hacia áreas que no forman estrictamente parte del mismo. La adhesión al Pacto de Jordania, ampliamente britanizada, en diciembre de 1955, no contradice la afirmación de que esa organización obró a modo de cuerpo extraño en el organismo árabe, provocando violentas reacciones. Tal fué el clamoreo que suscitó la avenencia jordana, que el Foreign Office viose obligado a asegurar con mucha dignidad que no tenía ni arte ni parte en esa decisión. Pero a partir de aquel momento pesó sobre el reino hachemita jordano una amenaza de muerte violenta o por consunción que no logró apartar, ciertamente, la puntualización británica y tampoco los esfuerzos del Rey Hussein para demostrar la independencia de su país con relación a Gran Bretaña. La abrogación del tratado anglo-jordano en febrero de 1957 dejó financieramente desamparado a ese país pobrísimo e hipotecado por la presencia en su suelo de los refugiados de Palestina, sin aproximarlo a los países árabes fieles a la línea política de Egipto. Así lo evidencia la grave crisis de abril de 1957, sólo salvada merced al valor personal del joven Rey y a la ayuda económica americana. Los sucesos que se registran en ese país, antes y después de la revolución iraquí, la ayuda militar británica apresuradamente otorgada, el apoyo americano y el reconocimiento de la República del Iraq por parte de las potencias anglosajonas a principios de agosto, son tantos síntomas de que Jordania cesará en breve de existir como nación árabe con personalidad distinta de la R. A. U. o capacitada para moverse en otra órbita que la suya. De hecho, en abril de 1958, Jordania cesó de ser una nación para conver-

tirse en provincia, al federarse con la monarquía hachemita de Iraq, cuya caída deja al Rey Hussein en un desamparo que la temporal protección británica ha acentuado.

Ello muestra hasta qué punto la actividad diplomática de Gran Bretaña en esos dos países ha logrado provocar un incendio que beneficia a la R. A. U. e indirectamente a la U. R. S. S., todo ello a fuerza de querer arrimar el ascua a su sardina y preservar privilegios económicos del peligro soviético. Es, pues, el fracaso rotundo de una teoría diplomática, a la vez maliciosa e ingenua, que ha ignorado la evolución de los pueblos medio-orientales, donde junto al «país legal» y los dirigentes oficiales viene dando señales de pujante existencia un «país real» que, por sus condiciones económicas y sociales, es cera blanda en la que imprimen sus huellas todas las propagandas que le aportan el consuelo de designar responsables de su situación. Por desventura para las potencias occidentales con intereses de todo orden en el Oriente Medio, en lo político, los pueblos no se inclinan en absoluto a estimar que es mejor «lo malo conocido»—al que llaman el imperialismo occidental—que cualquier aventura que la ignorancia adorna de esperanza.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

5 de agosto de 1958.



III

CRONOLOGIA INTERNACIONAL

